

PARCIALIDAD DEL PERIODISMO POTOSINO

TOMÁS CALVILLO

Las elecciones para renovar el gobierno estatal que se llevaron a cabo en San Luis Potosí en 1991, permiten hacer algunas reflexiones sobre los medios de comunicación, la política, el lenguaje y la sociedad civil.

Uno de los problemas más graves que surgieron en la contienda electoral potosina fue el que se derivó de la parcialidad del periodismo local. La campaña política del candidato oficial contó no sólo con un exceso de recursos económicos, sino además con la completa subordinación de los cuatro periódicos locales, los dos canales de televisión (uno del Estado y otro privado) y la mayor parte de los noticieros radiofónicos.

La estrategia era muy simple: resaltar las virtudes cívicas y de político de mundo del candidato priísta, y demeritar las cualidades del candidato de la Coalición Democrática advirtiendo sobre el defecto que significaba su avanzada edad, su estado de salud, y su obsoleto discurso político.

Esta estrategia política se dio en dos niveles: el candidato priísta hacía público su reconocimiento al valor cívico de su contrincante y lo invitaba a un debate razonable sobre proyectos políticos; al mismo tiempo se preparaba una campaña donde se señalaba la incapacidad del candidato opositor para plantear ideas claras de gobierno, y se subrayaba su quehacer político como cosa del pasado, quehacer cargado de rencor potencialmente destructivo.

A estos elementos se le agregaban los ingredientes del desorden y la violencia, al advertirse el peso que tenía el PRD (como si esas fueran las características de ese partido) dentro de la Coalición; incluso se llegó a decir que la alianza política entre Cuauhtémoc Cárdenas y Salvador Nava promovería la violencia en el estado. Pronto la palabra violencia se repetiría con insistencia para tratar de identificarla con el candidato de la oposición.

El primer logro de esta estrategia fue cortar los apoyos económicos que el sector privado hubiera podido otorgar a la Coalición. De esta manera la capacidad de la Coalición para realizar una campaña extensa e intensa se reducía drásticamente.

El segundo paso era intentar provocar rupturas al interior de la oposición entre los partidos nacionales que la conformaban.

¿Qué sucedió? En un primer tiempo dicha estrategia pareció darle dividendos al candidato del partido gobernante. La gente se vio atiborrada de información donde la modernidad, el futuro, la esperanza, parecían estar al alcance de sus manos; sólo se tenía que depositar el voto por ese nuevo mesías sexenal. Era una campaña de seducción y a muchos sedujo. Todo esto sucedía en la dimensión de los medios de comunicación, en su lenguaje de imágenes, televisión, carteles, bardas, lenguaje elaborado, que buscaba resaltar la confianza, la tranquilidad, el razonamiento, la prudencia, el orden y, sobre todo, la sonrisa comprensiva. ¿Y la oposición?

La oposición con esa peculiar experiencia de unir a tres partidos nacionales con un movimiento cívico regional, y ofreciendo principalmente establecer un gobierno de transición a la democracia, aparecía titubeante ante la avasalladora propaganda oficial.

Poco a poco fueron sucediendo cosas que irían modificando las percepciones colectivas del proceso electoral.

La población como un ente activo comenzó a desconfiar de esa información repetitiva y maniquea, más aún cuando tenía datos tangibles de la persona que encabezaba la Coalición, datos que la hacían concebirla como un valor regional. De pronto hubo un salto en esa percepción, y la población comenzó a sentirse agredida con la propaganda que trataba de minimizar y desprestigiar la campaña y la persona del candidato de la oposición. Por su parte, la Coalición buscó saltar el cerco informativo local y encaminó sus esfuerzos hacia los medios de información nacional. Era una batalla donde los espacios jugaron un papel estratégico. Así, se realizaron mítines junto con candidatos de oposición de otros estados, reuniones con empresarios a las que asistieron algunos de peso nacional, encuentros con intelectuales de importancia en todo el país. En una palabra, la democracia en San Luis se iba a alcanzar por el esfuerzo de los potosinos, pero dicho esfuerzo era un asunto nacional.

El prestigio del movimiento cívico e histórico de los potosinos serviría de aval para despertar la atención nacional y su posible apoyo. Las condiciones de 1991 internas y externas eran diametralmente opuestas a las de 1981, cuando el movimiento navista fue reprimido por el poder central. Se trasladaba el espacio regional al nacional a partir de la sociedad civil, más que de los mismos partidos involucrados.

Esta era de alguna manera una estrategia contraria a la del candidato priísta, quien buscó trasladar el espacio del centro a la región, y en ese movimiento estuvo gran parte de su vulnerabilidad. El lenguaje de la modernidad caló superficialmente como su mensaje de cosmopolitismo, que incluso llegó a ser contraproducente.

No hay que olvidar que vivimos la tensión de dos procesos que se intercalan: el de la globalización y el de las autonomías regionales.

¿Y el lenguaje de la oposición?

Se podría resumir en una expresión del doctor Nava: "...nuestro periódico será la plaza pública...". Esa frase la llevaba ya encerrada, tal vez sin que el doctor mismo lo supiera, la historia del proceso electoral.

La distorsión de los medios de comunicación, el discurso doble del candidato priísta, cerraban no sólo los espacios a una contienda política democrática, sino que además obligaban a la polarización del lenguaje, y aún más, a poner en evidencia la incapacidad de los órganos institucionales locales para tener una verdadera jurisdicción en el proceso que se vivía.

Prácticamente la gente, su creatividad y sus gritos marcarían la pauta a seguir, evitando que se asfixiara una vez más su anhelo de algo tan sencillo: elegir libremente a sus representantes.

La reciente experiencia potosina obliga a una reflexión sobre la importancia que tiene el lenguaje en su relación con su potencial para abrir o cerrar los espacios de crecimiento y entendimiento entre los grupos sociales. La responsabilidad de los medios de comunicación para que México transite en forma pacífica a la democracia sólo es semejante a la del gobierno mismo, y a la de los partidos políticos.

El autor es licenciado en Relaciones Internacionales e investigador de historia